

Aquí, sin que la fatigue,
 Recuerda bien mi memoria
 Que haciendo punto la historia,
 De esta manera prosigue:

Viéronse desde este día
 Á las bienhechoras flores
 Lucir más bellos colores,
 Más pomposa lozanía.

Tan ricas y tan hermosas
 Eran, y tanto admiraban,
 Que de muy lejos llegaban
 Por verlas las mariposas.

¿Quién en el prado ha vertido
 Tanta gala y hermosura?
 La gratitud tierna y pura
 Del arroyo agradecido.

Sin ellas él no vería
 Su corriente tan serena;
 Y ellas murieran de pena
 Sin su dulce compañía.

Setiembre.—1849.



LA ALONDRA

¿QUÉ DIENTAN, y es positivo,
 Que allá en tiempos mejores
 Y en su idioma nativo,
 Conversaban las aves con las flores.
 De la misma manera,
 Con acentos suaves
 Y con voz hechicera,
 Hablarían las flores con las aves.

Ello es que una mañana,
 Mañana deliciosa,
 Vestida de oro, de jazmín y grana,
 Al pié de cierta fuente cariñosa,
 Dando al sol sus colores
 Y á los vientos su esencia,

Trataban varias flores
 Un asunto muy grave ;
 Pues aunque les sobraba inteligencia,
 Ninguna de ellas explicarlo sabe.

Confusas las traía
 Ver á la alondra en afanoso vuelo,
 Al empezar la luz de cada día,
 Remontarse hasta el cielo,
 Cantar con misteriosa melodía,
 Y pronta y breve descender al suelo.
 Y más las admiraba,
 Que haciendo altiva de su pluma alarde,
 De nuevo se elevaba
 Al espirar la luz de cada tarde.

Después de muy diversos pareceres,
 Estas flores hermosas,
 Que hermanas deben ser de las mujeres
 Y como las mujeres ser curiosas :
 En asunto tan serio,
 Conformes decretaron
 El modo de saber aquel misterio ;
 Y así determinaron
 Que la ocasión primera y oportuna
 Al fin se aprovechara ;
 Y señalaron una
 Que á la inocente alondra preguntara.

Leves mecían sus capullos rojos,
 Medio dormidos en sus hojas bellas,
 Cuando vieron venir por los rastrojos
 La dulce alondra á conversar con ellas.
 Y en momento tal una
 Fresca y brillante rosa,
 Blanca como los rayos de la luna,
 Le dijo cariñosa :
 —«Es inmensa fortuna
 Tener en plumas las vistosas galas
 Y levantarse al cielo
 Al manso impulso de las sueltas alas.
 Tú en envidiable vuelo,
 Del espacio señora,
 Te levantas y subes
 Al espirar la tarde, y con la aurora,
 Á las altas regiones de las nubes:
 Dinos, alondra leve,
 ¿Qué misterioso encanto
 Tus mansas alas mueve?
 ¿Qué nos revela allí tu dulce canto?»

Sonrióse la alondra (y ya se sabe
 Cómo se puede sonreír un ave),
 Y saltando ligera,
 Con ademán inquieto,
 Corriendo la extensión de la pradera,
 Depositó en las flores su secreto.

Y las flores temblaron,
 Y frescas y lozanas
 Jamás este secreto revelaron,
 No igualándose en esto á sus hermanas.

Mas desde entonces al nacer el día,
 Y de la tarde al esparcirse el velo,
 Las flores, con dulcísima alegría,
 Las frentes alzan contemplando el cielo.

Setiembre.—1849.



LÁGRIMAS FECUNDAS

Una diamela cándida
 Y un nardo dulce y tierno,
 Cariñosos amábanse
 Con el afán eterno,
 Con el afán dulcísimo
 Del verdadero amor.

Murió la amante tímida;
 Lloró el nardo su pena....
 Y al riego de sus lágrimas
 La siempreviva amena
 Sobre la flor exánime
 Dejó crecer su flor.

Setiembre.—1849.

